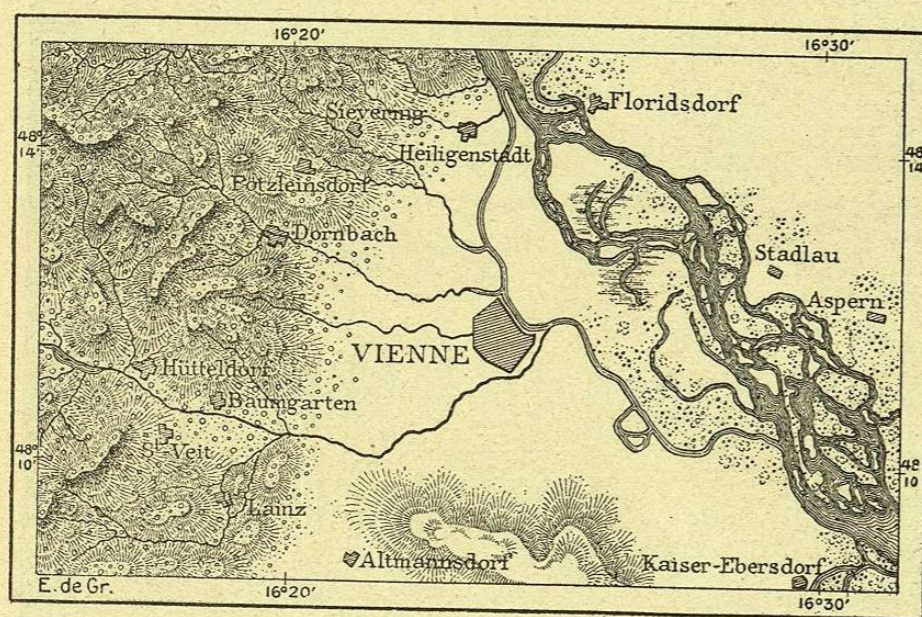


Alpes propiamente dichos, en el punto de llegada á la llanura del Danubio de todos los caminos naturales que descienden de la montaña: esas condiciones aseguraban á la ciudad la ventaja de surgir en el punto de crecimiento de las dos grandes vías principales de la Europa central, el camino danubiano entre París y Constantinopla y el camino moravo entre Italia y el litoral báltico; de todas las ciuda-

N.º 340. Viena y el Danubio en la Edad Media.



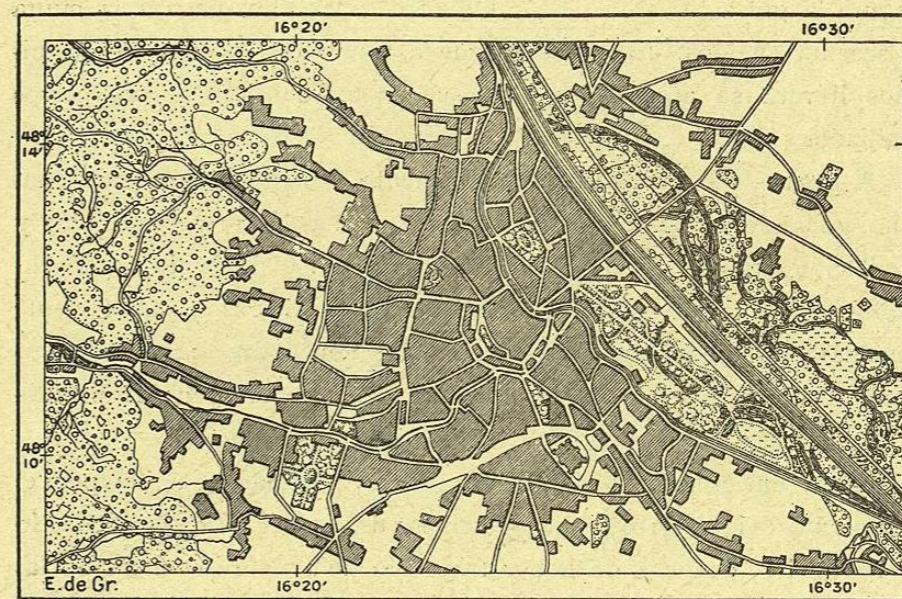
1: 175 000
0 5 10 Kil

des del continente que sirven de encrucijadas á caminos transversales del mismo género, Viena es ciertamente la que tuvo mayor importancia histórica. Después de la Edad Media, la capital austriaca ha aumentado de poder, convirtiéndose en dueña del gran río cuya proximidad temía tanto en otro tiempo.

El siglo XIII fué para Alemania la época en que el poder imperial tuvo menos fuerza y en que por una consecuencia natural se hicieron sentir mejor las iniciativas locales. Aquella fué la edad más dichosa de la nación y nunca fué su desarrollo tan rápido en los conocimientos y en las artes. Federico II, cuyo reinado duró el

espacio de toda una generación (1215 á 1250), había habituado á sus pueblos á prescindir de él: si reinaba oficialmente, guerreando ó legiferando en alguna parte, en el sud de Italia ó en Oriente, la vida independiente de las ciudades alemanas se manifestaba en el cumplimiento de las obras nacionales. Hasta en los documentos públicos, y á pesar de los frailes, la lengua popular venía á ser el

N.º 341. Viena y el Danubio en el siglo XX.



1: 175 000
0 5 10 Kil

vehículo del pensamiento; los poetas, que viajaban de ciudad en ciudad y de corte en corte para recitar sus cantos, se frecuentaban y se instruían mutuamente en el empleo de un lenguaje puro, armonioso y lógico, en substitución de los lenguajes provinciales. Al mismo tiempo, hombres laboriosos estudiaban el país y resumían su geografía, su historia, sus leyendas y su jurisprudencia. Los arquitectos construían entonces los edificios soberbios del estilo ojival, que son todavía la gloria de las ciudades de la cuenca rhenana, y, en menor grado, de las otras regiones alemanas. Por último, por entonces comenzó á precisarse y á hacerse consciente ese amor de

la Naturaleza que sienten tan profundamente los poetas de Germania y que en los últimos siglos ha producido tantas bellas obras literarias. En pleno período de cazas y de guerras incesantes al animal y al hombre, había, sin embargo, algunos bosques prohibidos á toda obra de sangre. Uno de ellos era el bosque del Harz. El Sachsen-Spiegel decía, al principio del siglo XIII: «Cuando Dios creó al hombre, le dió poder sobre los peces, las aves y todos los animales salvajes. Hay, no obstante, tres lugares donde el decreto del rey asegura la paz á los animales... Quien cace en ellos pagará la multa de sesenta sueldos. El que cabalgue á través de los bosques prohibidos llevará su arco distendido, su carcax cubierto y sus perros atraillados».

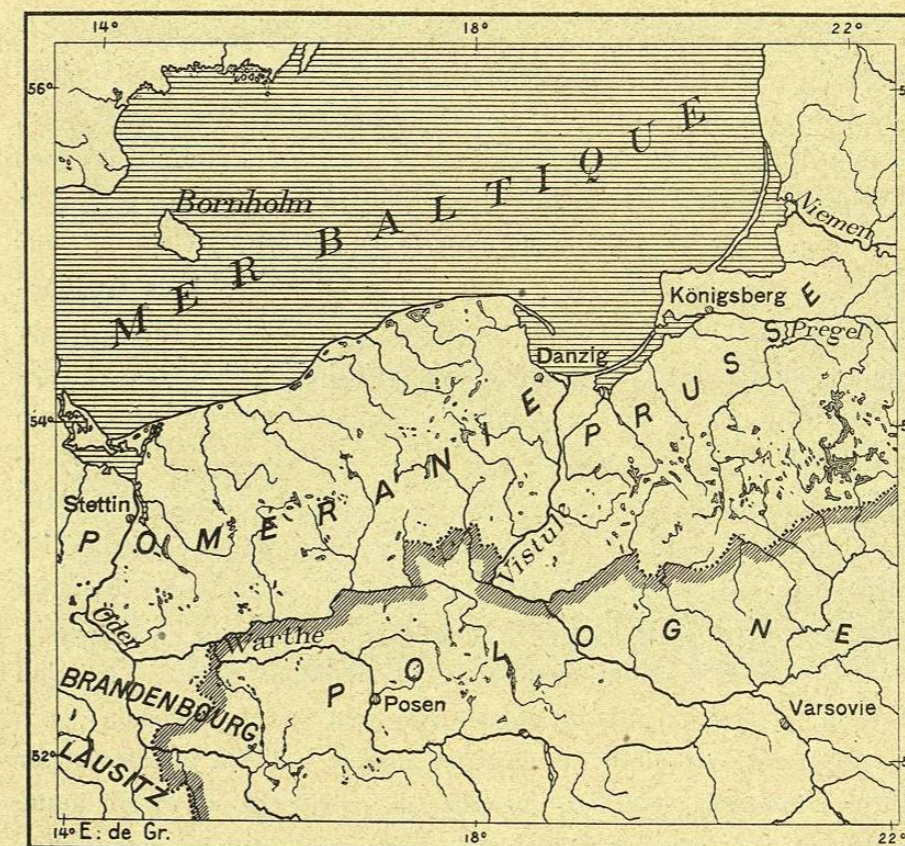
A pesar de las invasiones, el elemento étnico de Germania continuó ganando en la dirección del Este y del Norte por rechazo y asimilación gradual de las poblaciones eslavas: el Holstein, el Mecklemburgo y la Pomerania se convirtieron en tierras completamente alemanas, y bajo el mando de Hermann von Salza, 1230-1237, los caballeros teutónicos fundaron colonias de Alemanes en las provincias «bálticas» de Curlandia, de Lívonia y de Ehstonia.

Hasta en el mayor riesgo de guerra, Alemania, unida por el sentimiento del peligro, podía prescindir del emperador. Así cuando los Mongoles, después de haber triunfado de toda resistencia en las comarcas de la Europa central, se avalanzaron contra los países alemanes, en 1241, el emperador reinante, Federico II, parece no haber tenido participación en la resistencia, ni siquiera por su diplomacia; fueron las poblaciones de los países inmediatamente amenazados, principalmente Moravia y Silesia, Eslavos y Alemanes, los que sostuvieron el terrible choque en la batalla de Liegnitz, y, aunque vencidos, por su actitud, hicieron comprender á los vencedores que lo más seguro era no pasar adelante; la invasión mongola, desviándose hacia el Sud, fué á dispersarse sobre las costas de Dalmacia. A pesar del «interregno» de cerca de un cuarto de siglo (1254 á 1273), Alemania no cesó de prosperar moralmente en poder y en civilización; se nombraron reyes, pero como seres virtuales, escogidos en país extranjero y conservando sus nombres. No había que temer la intervención de Guillermo de Holanda, Ricardo de Cornwales, Alfonso de Castilla:

príncipes y pueblos alemanes se pasaban sin ellos, como se habían pasado sin los Hohenstaufen italianos.

Cumplíase entonces una importante evolución en la idea que los Alemanes se hacían del poder imperial. En un principio, el recuerdo prestigioso del antiguo Imperio Romano dominaba de tal modo á

N.º 342. Tierras de los Caballeros teutónicos.



1: 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

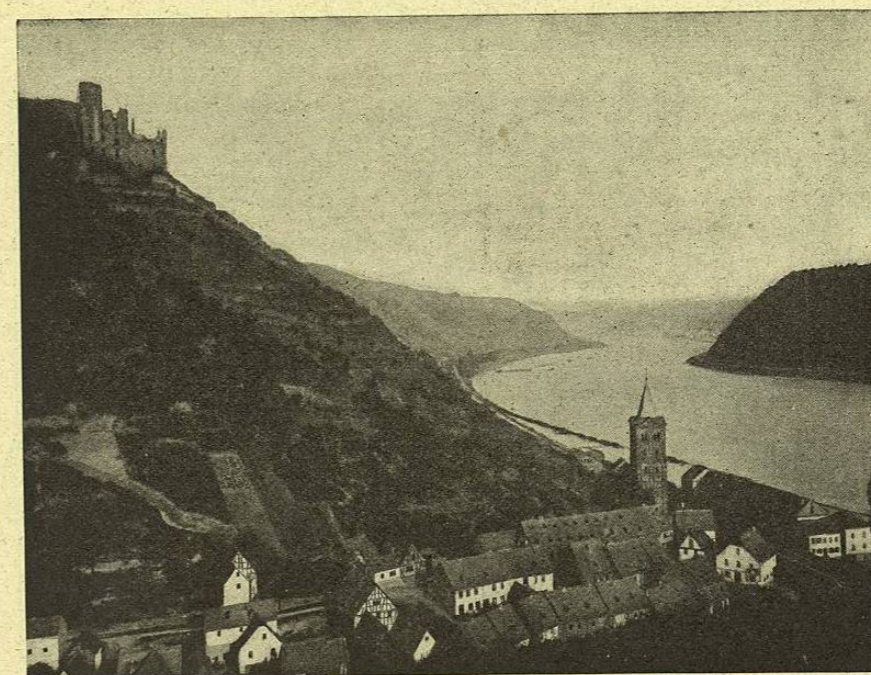
las gentes, que los ambiciosos se daban por único objeto continuarle: en Roma habían de ser consagrados, y si la travesía de los Alpes ocasionaba grandes gastos para el sustento del cortejo, el viaje en plena Italia, entre ciudades frecuentemente hostiles y bajo la amenaza constante de asaltos y de revoluciones locales, les obligaba á hacerse acompañar de un ejército; cada visita de aparato se trans-

formaba en campaña de guerra. La última expedición de ese género, la de Conrado IV, hijo de Federico II, se terminó de la manera más fatal. Carlos de Anjou se había apoderado de la Italia del Sud y de Sicilia en detrimento del imperio, y el hijo de Conrado, el joven y gracioso Conradino, último de los Hohenstaufen, fué públicamente decapitado en Nápoles (1268), trágica aventura que el romanticismo patriótico de los Alemanes no perdonó jamás á Francia. Carlos I de Nápoles fué además el genio malo de su familia; después de la muerte de Conradino, dirigió hacia Túnez la cruzada en que su hermano San Luis había de morir; él mismo, por su política «ortodoxa», sucesora de la mansedumbre religiosa de los Hohenstaufen, provocó las Vísperas sicilianas, y también comprometió á su sobrino Felipe III en la desgraciada expedición del Rosellón (1285). El viaje del emperador al otro lado de los montes iba, pues, acompañado de innegables peligros, pero la noción de imperio no por eso dejaba de ser popular, aunque los electores feudales, príncipes civiles y eclesiásticos, temiendo darse un amo demasiado poderoso, vacilasen mucho antes de elegir un candidato.

Durante el curso del siglo XIII se constituyó de una manera distinta el cuerpo electoral que, en lugar del papa, debía conferir á los futuros emperadores la majestad del poder. Se componía de siete príncipes, los tres arzobispos de Maguncia, de Colonia, de Tréveris, y cuatro señores temporales, el duque de Sajonia, el conde palatino del Rhin, el margrave de Brandenburgo y el rey de Bohemia; pero éste, soberano extranjero por la raza, aunque unido á Alemania por múltiples intereses, había de defender su privilegio contra el duque de Baviera. El poder de Alemania, representado por los siete grandes electores, tenía su centro de gravedad en la parte occidental del imperio, y el valle del Rhin, la «calle de los Sacerdotes», como solía llamarse á causa de las innumerables iglesias y de las suntuosas catedrales ribereñas del río, reunía por sí sola la mayoría de los votos; pero aunque los arzobispos rhenanos tuviesen en el consejo electoral una influencia frecuentemente decisiva y que se creyese ver en ellos representantes del papa, la influencia directa del pontífice romano quedaba ya rechazada. En 1330 se llegó hasta establecer claramente en un manifiesto la independencia de los electores impe-

riales frente á las pretensiones de Roma, especificando que los poderes del emperador emanan exclusivamente de la oligarquía de los príncipes.

En 1273, después del «interregno», la elección recayó sobre un señor de rango secundario, Rodolfo de Habsburgo, que debió probablemente su fortuna á la modestia relativa de su estirpe. El nuevo



VALLE DEL RHIN EN SAN GOAR

emperador, reducido á la impotencia en la gran política, ligado ya, como muchos soberanos modernos, por las reglas de la Constitución y las tradiciones del ministerio, hubo de limitarse á afirmar bien sus derechos y privilegios de familia; sin embargo, algunos de sus sucesores volvieron á la fascinación de Roma y de Italia, pero sin resultado serio. Y no solamente la península se eliminaba del imperio, sino que también el reino de Arles se hacía difícil de gobernar y se fragmentaba en beneficio de la monarquía francesa; además se cerraban los caminos que atravesaban los Alpes suizos, por haberse unido bajo juramento los representantes de los valles para defender su independencia contra las pretensiones de los Habsburgo y de sus

administradores. El duque Leopoldo de Austria penetró imprudentemente con sus caballeros pesadamente armados en los altos desfi-

N.º 343. Ciudades y Provincias de Alemania.



1 : 7 500 000
0 100 200 400 Kil.

Este mapa lleva la indicación Prusia, conforme con la realidad actual, mientras que en los siglos XIII y XIV es la provincia al este del Vístula que llevaba ese nombre. (Véase mapa n.º 342, p. 121.)

laderos de los Alpes, y las piedras y las mazas triunfaron allí de las lanzas. La batalla decisiva ganada por los montañeses en Morgarten (1315) aseguró la autonomía de los cantones forestales, núcleo de la

Confederación suiza. Cuando se renovó el conflicto, hacia el final del siglo, las batallas de Sempach (1386) y de Næfels (1388) proba-

N.º 344. Relieve de Alemania.



1 : 7 500 000
0 100 200 400 Kil.

El collado de Taus está indicado en este mapa; en el mapa n.º 343, T señala el emplazamiento de la ciudad de Taus; L, el de Lorch; C, el de Carnuntum. (Véase página 117).

ron nuevamente que los montes de Suiza eran una muralla intangible.

El territorio de la actividad de los emperadores alemanes no pasaba apenas de las regiones meridionales y occidentales de la Ger-